

el valor te falta?

LISARD. *(Repuesto.)* ¡Nunca!
Pronto estoy á demostrarlo.
Mi inquietud es solamente
ansia de llevar á cabo
tu venganza y la del pueblo.

REINA. Pues ni un momento perdamos.
El rey dormido...

LISARD. ¡Dormido!

REINA. Dormido. Y es necesario
que en la eternidad despierte.

LISARD. *(Retrocediendo.)*
Ahora tiemblo y me acobardo.
¿Ha de dar muerte á un dormido,
con traidor golpe, mi brazo?

REINA. ¿Qué pronuncias?... ¡Insensato!
Nunca empresa tal se fia

al capricho del acaso;
que en asegurar el golpe
está la gloria y el lauro.
Ese trono, esta corona,
mi tierno amor y mi mano,
merecen...

LISARD. ¡Basta, volemós!

*Se hunde el trono por el escotillon por
donde salió, y se descubre en el espacio
que ocupaba una ancha puerta; y dentro
al rey dormido en un magnífico lecho de
púrpura, á la luz de una lámpara. Todo
el teatro estará oscuro, ménos la alcoba.*

REINA. *(Dándole un puñal y señalándole al rey.)*
¡Allí está todo, Lisardo!
*(Lisardo titubea horrorizado. La reina lo
empuja, y él se arroja decidido, enarbolando el puñal, y cae el telon.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salon del trono. Aparecen LISARDO con manto real y corona, y LA REINA. La gruta de Marcolín se verá siempre inmutable.

LISARDO. *(Satisfecho.)* ¡Ya soy rey!

REINA. Sí; ya tus sienes

ciñe la real diadema,
y la púrpura suprema
como propio ornato tienes.

LISARDO. *(Ufano.)* Sí, que desde ese dosel,
hace un momento, he mirado
á todo un pueblo postrado
jurarme homenaje en él.

REINA. Y homenaje el más sincero,
pues te aclamó soberano
en cuanto te dí mi mano;
como al más fuerte guerrero,
de defenderlo capaz
y de asegurar sus glorias,
con hazañas y victorias,
de todo invasor audaz.
¿Has visto cuán fácilmente
á los hombres se fascina,
y á una nacion se alucina
desde una altura eminente?
Del rey muerto, como ves,
ni un vago recuerdo hay ya;
tranquilo el imperio está,
y prosternado á tus piés.
Nadie, nadie sospechó
que el golpe que allí te ha puesto,
fué de tu mano, ó muy presto,
si hubo sospecha, pasó.

LISARDO. *(Confuso.)* ¿De mi mano?... Sí, lo fué.

REINA. Deja esos recuerdos vanos.
Rendidos los cortesanos
vendrán á besarla.

LISARDO. *(Asustado.)* ¿Qué?...
¿Mi mano?...

REINA. Tu mano, sí.

LISARDO. *(Mirándose horrorizado la mano.)*
¡Está de sangre manchada!
¿Lo ves?...

REINA. *(Turbada, y reconociendo la mano de Lisardo.)*

No, no tiene nada.

LISARDO. Una mancha tiene aquí.

REINA. ¿Deliras?...

LISARDO. *(Como enajenado.)* No, no deliro.

Que me juren, está bien.

Que la corona mi sien

ciña... y aun á más aspiro.

Pero esconderé la mano,

porque de sangre una gota

la mancha... Si álguien la nota...

REINA. *(Animándolo.)*

Todo tu recelo es vano.

El misterio más profundo,

del rey muerto el fin esconde;

ni cómo acabó, ni en dónde,

lo sabrá jamás el mundo.

LISARDO. *(Receloso.)*

Pero tú y yo lo sabemos.

REINA. Y lo sabremos callar.

LISARDO. *(Repentinamente repuesto.)*

Pues bien, vamos á reinar,

y entrambos á dos callemos.

*(Queda un momento contemplando el
trono y de repente sube á él.)*

REINA. *(Aparte.)*

¡Si su delirio abandono,

perdida me considero!

*(Le sigue con la vista observándolo de
léjos con inquietud.)*

LISARDO. Saborear á solas quiero

todo el placer que da el trono.

(Se sienta.)

(Hablando consigo mismo.)

Sólo se sienta aquí un rey.

Aquí soy omnipotente,

aquí el mundo reverente

ve en mi capricho una ley.

¿Quién mi igual se llamará?

Nadie, nadie... Pues asombre

al orbe entero este hombre,

que en tanta eminencia está.

(Pónese en pié.)

Raíces hondas juzgo aquí

haber echado mis piés,

pues ya el bajar de aquí es

duro esfuerzo para mí.

No está más firme la encina
secular en la montaña,
ni el escollo que la saña
del rugiente mar domina.
Mi poder es colosal.
Toda envidia se desarme.
¿Quién puede de aquí arrancarme?

Suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL

De un asesino el puñal.
(Bajando precipitado del trono, con la mayor agitación.)

¡Cielos!... ¿Qué idea de horror
me confunde de repente?

¡Ay, que mi orgullosa frente
hirió un rayo aterrador!

Lisardo, señor, esposo,
¿qué accidente repentino
los profundos pensamientos
y los proyectos altivos,
que os ocupaban á solas
en bien del imperio mio,
trastorna de tal manera
y á vuestra faz roba el brillo?
¿Qué os aqueja?... ¿Qué os asusta?
¿Por qué de repente os miro
tan turbado?

(Confuso.) ¿Yo turbado?...
(Aparte y repuesto.)

Disimular es preciso,
que descubrir mis temores
mengua fuera de mi brio.
(Alto.)

Contemplaba, amada esposa,
el gran peso que el destino
ha colocado en mis hombros,
y las fuerzas que en mí mismo
debo con tenaz ahinco.
Y hallo, sí, viven los cielos,
que aun es el aliento mio
tan superior á la carga
que sobre mis hombros miro,
que estoy dispuesto á que el orbe
me admire como á un prodigio.
Y estoy dispuesto... *(Queda distraído.)*

¡Lisardo!
(Aparte.)

Me asustan sus desvaríos,
y que sus locos proyectos
le entibien en mi cariño.
Llamar su atención me importa,
encadenarle es preciso,

si han de tener cumplimiento
mis planes y mis designios.

(Alto y en extremo cariñosa.)

Lisardo, mi amado esposo,
vuelve en tí, Lisardo mio.
¿Seré tan desventurada
que de la corona el brillo,
y los cuidados inmensos
que el cielo encargarte quiso,
te hagan entregar, ingrato,
mi tierno amor al olvido?

(Vuelve en sí y la echa los brazos.)

¡Jamás!... A mi seno llega.
¡Eres mi amor, mi delirio!

(La abraza y dice aparte.)
No sé qué pasa en mi pecho
ni yo me entiendo á mí mismo.

(Se separa y continúa aparte.)
Esta mujer tan hermosa,
que dominó mis sentidos
un momento... ahora... la amo.

Pero en el alma un vacío
me deja... ¡Mi Zora, cielos!...
¡Oh! ¡Qué soberano hechizo
era para mí! Esta es reina,
y de mí sólo son dignos
de una reina los amores.

La amo, sí... No sé qué digo.
En un mar de confusiones
y de desdichas me abismo.

(Que ha estado contemplando á Lisardo con temor é inquietud.)

Veo, Lisardo, que en tu mente
mil pensamientos distintos
se agolpan, y que te agitan
fantásticos desvaríos.

No es extraño: las diversas
conmociones, que han herido
tu corazón en la altura
de tu estrella y mi cariño
te han colocado, no pueden
tener tu pecho tranquilo.
Sal á caza, el aire libre
respira, Lisardo mio.

Corre esas verdes praderas,
cruza esos parques sombríos
que este palacio circundan,
y tendrá tu mente alivio.

Sí, mientras llega la hora
del regio festin, preciso
es que busque yo en los campos
descanso de mis delirios.

(Se acerca al bastidor.)

¡Hola! *(Sale un paje.)*

¿Señor?

Mis caballos

y monteros al proviso
se apresten para la caza,
que ir al campo determino.
Y al gran Senescal decidle
que al punto venga á este sitio.

(Cuidadosa.)

¿Con tanta priesa? ¿qué quieres
de Arbolán? Dí.

Que conmigo
venga á caza. Le amo tanto,
que es mi consuelo.

Respiro.

(Sale Arbolán.)

(Hincando una rodilla.)
A vuestros altos preceptos
siempre obediente y sumiso,
llego ansioso á vuestras plantas,
sólo anhelando serviros.

(Levantándolo.)

Alza, Arbolán valeroso,
y llega á los brazos míos.
Te llamo para que á caza
vengas al campo conmigo.

(Dudoso y mirando á la reina.)

¡Señor!...

Sí, tu compañía
hoy cual nunca necesito.
Tú eres de cuantos me cercan
el hombre que más estimo,
por quien amistad más pura
en mi corazón abrigo.

Tantas honras me confunden,
pero me abren el camino
de poder manifestaros
que esa amistad, que benigno
me concedísteis, pagada
está por el pecho mio.

Me gozo en reconocerlo;
¡es el tener un amigo
don tan grato en esta vida
de zozobras y peligros!
Mas, vamos juntos al campo.

(Turbado.)

No puedo, señor, seguirlos.

¡Imposible!

En el momento
en que un cambio repentino
de estos reinos en el trono
admirado el mundo ha visto,
para que tengáis descanso,
que yo vigile es preciso.

(Mortificado.)

Está bien. No me acompañes.

(Aparte.)

¡No sé cómo me reprimo,
pues al verme contrariado!...

Mas reprimirme es preciso.

¿Con que no lo puedo todo?

¿Con que en el mundo hay motivos
que aunque fútiles y leves,
obligan á que el rey mismo
su voluntad sacrifique?...
Se confunde el pecho mio.

(Hace seña, y se van la reina y Arbolán.)

ESCENA II

Al ir á salir LISARDO se cambia la escena en un bosque intrincado. Decoración corta. Él queda vestido ricamente de cazador

(Arrimándose al bastidor, como hablando con sus cazadores.)

Disponed de la caza el aparato
por esos bosques y empinados cerros.
Soldad los gerifaltes y los perros.

Dejadme á solas descansar un rato.
(Viene á la mitad de la escena.)

Mientras mis cazadores no reposan,
persiguiendo las fieras y las aves,
quiero dar rienda á pensamientos graves
que por doquier me siguen y me acosan.
Monarca de un imperio poderoso,
ya me respeta prosternado el mundo,
y me anonado absorto, y me confundo
al ver que en sitio tal no soy dichoso.
No lo soy, no. Pensé que la corona
de la felicidad todos los bienes
en sí encerraba, y al ceñir mis sienes
nuevos afanes sobre mí amontona.

(Se sienta muy agitado.)

Un peso tengo aquí,

(Pone la mano sobre el corazón.)

peso que abrumba
mi existencia infeliz, peso de un crimen,
y del que no me libran y redimen
ni sólo, ni poder, ni alteza suma.
También ¡ah! me confunde el pensamiento
de que de una mujer debo á la mano
la corona, y el trono soberano,
en que cercado de pavor me siento.

(Pausa.)

¿Por qué no nació rey?... Advanedizo
tal vez con risa de desden me llaman
allá en su corazón los que me aclaman...
¡Y su aplauso mi orgullo satisfizo!
El mortal, ¡ay de mí! más desdichado
soy, que cobija con su manto el cielo,
corriendo de un anhelo en otro anhelo
á una sima sin fondo despeñado.

(Pausa.)

¿Por qué no nació rey?... Mas si el destino
me negó el que naciera en regia cuna,
armas me dió, y valor, y alta fortuna,

que del poder y el trono son camino.
(*Exaltado.*)

Al derecho de sangre el de conquista
sustituyan mi espada y la victoria,
y un reino fundaré con alta gloria
que unido siempre con mi nombre exista.
Sí, aprovechando brazos y riquezas,
de que hoy disponer puede mi albedrío,
ganaré un reino que se llame mio
y que deba su nombre á mis proezas.
(*Suena una estrepitosa carcajada. Lisardo
sorprendido se levanta y mira á todos
lados.*)

¡Cielos! ¿Quién se esconde aquí
y de mi plan se burló?
¿Quién tan inmediato á mí
osó colocarse?...

*Mientras Lisardo dice estos versos, sale
por escotillon, en medio de la escena, una
bruja estrafalariamente vestida de ne-
gro y encarnado, con una vara en la
mano, en que estará enroscada una cu-
lebra, y cuyo pomo será una calavera.*

BRUJA.

¡Yo!

LISARD. (*Repara en la bruja, retrocede horrori-
zado y luego torna repuesto.*)

¿Y quién, mísera mujer,
eres tú?... Dílo, infeliz.

BRUJA.

(*Con sarcasmo.*)
Una infelice, que á ver
viene á un hombre muy feliz.

LISARD.

(*Airado.*)
¿Sabes, dí, que tu rey soy?...
Cuenta con tus labios ten.

BRUJA.

(*Con desprecio.*)
¿Y sabes que donde estoy
soy yo tu reina tambien?

LISARD.

(*Despreciándola.*)
Noto que eres loca tú.
Y si vienes á pedir
limosna...

BRUJA.

(*Atajándolo.*) Por Belzebú,
que me haces, necio, reir.
(*Con acento solemne.*)

Soy por sobrehumana ley
en todo á tí superior,
pues te engañas si por rey
no reconoces mayor.
Y para que veas lo soy
en muchos grados á tí,
sabe que enterada estoy
de que tu mano...

LISARD.

(*Trastornado.*) ¿Qué oí?
(*Queriendo taparle la boca.*)
¡Calla, mujer infernal!
¡Calla, calla, vive Dios!...

BRUJA.

(*Indiferente.*)
Callaré, pues es igual,
lo que sabemos los dos.
(*Con tono de superioridad.*)

Y para la insensatez
con que juzgaste venir
á tus plantas mi altivez
por limosna, confundir;
cuando á darte mi favor
vine, orgulloso mortal,
y á alejar de tí el rigor
de tu destino fatal,
quiero que veas aquí
que tengo, cual tú, dosel,
y corte, que como á tí,
me rinda homenaje en él.

*Da un golpe en el suelo con la vara, y sale
detrás de ella, por escotillon, un trono,
cuyo asiento será un caiman, y su res-
paldo un murciélago colosal con las alas
extendidas, y echando fuego por los ojos.
Se sienta en él la bruja, y de un lado y
otro salen de debajo del tablado mons-
truos, diablos, esqueletos y sombras, que
la rodean. Lisardo retrocede horroriza-
do sin volver la espalda. La escena se os-
curecerá.*

LISARD.

¡Cielos! ¡cielos! ¿Me engañan mis sentidos?
¡Oh, qué fascinación!
Mis ojos, mis oídos
son presa de fantástica ilusion.

BRUJA.

(*Con tono feroz y descompuesto.*)
Póstrate, mísero.
Trémulo, pálido,
llega á mis piés.
Sol salútfiero
mi rostro escualido
para tí es.

LISARD.

(*Repuesto y animoso.*)
Si tú del hondo, aterrador infierno
osas la frente alzar,
sírivate de gobierno
que nunca, nunca yo supe temblar.
Que en la grandeza en que me puso el
y mi ardiente ambicion, (hado,
miro el orbe postrado,
y nada turbará mi corazón.

BRUJA.

(*Indignada.*)
¿Y no ves sangre en tu mano,
y un atroz
crímen, que de noche y dia
es tu verdugo y tirano
más feroz?
¿Ignoras que la voz mia

publicar
puede, mísero gusano?...

LISARD.

(*Postrándose horrorizado.*)
Basta... basta. ¡Estrella impía!

BRUJA.

Ya temblar,
y ante mis plantas te veo.

LISARD.

(*Confundido.*)
Calla... sí,
ó por piedad dadme muerte.

BRUJA.

Siempre debe estar el reo
prosternado de esa suerte,
temblando así.
Tu grandeza, tu ambicion
nada son.
Niebla leve, humo fugaz,
en que audaz
quieres asiento
formar de torres, que se lleva el viento.
Oscuro es tu porvenir,
y decir
mucho de él pudiera yo.

Pero no,
no diré nada:

corre ciego tu suerte desastrada.
(*Pausa.*)

Lástima al cabo me das.
Toma este anillo
pobre, sin brillo,
y con él invisible serás.

(*Tira un anillo á Lisardo.*)

Y de un apuro,
terrible y duro,
por su mágico influjo saldrás.
Vuela á tu corte,
puede te importe,
ese anillo te lleva veloz.
Y tus monteros
y caballeros
una sombra, formada á mi voz,
igual á tí verán,
y detrás de ella á tu palacio irán.

*Desaparece rápidamente por escotillon la
bruja con su trono y todo su acompaña-
miento, y vuelve á iluminarse la escena.*

LISARD.

(*Se pone en pié estupefacto, y mira en der-
redor de sí con ojos asombrados.*)
Todo desapareció.
Fué un engaño de mi mente,
una ilusion solamente
que mi vista alucinó.
A alzarse torne mi frente.
(*Profundamente conmovido.*)
¿Fué de mi crímen la sombra
que me persigue tenaz?
¿Es ella sola capaz?...

Sí, que me sigue y me asombra
vigilante y pertinaz.

Pero no, no... respiremos.
Vanos delirios, huid,
no más tras de mí venid,
no más en locos extremos
mi mente ofuscada hundid.

Todo, sí, delirio fué.
(*Asombrado viendo en el suelo el anillo de
la bruja.*)

¿Pero qué miro en el suelo?
(*Lo recoge.*)

El anillo... ¡santo cielo!
¡la sortija misma que
tiró esa vision!... Me hielo.

(*Asombrado.*)

¿Con que ha sido realidad
todo lo que absorto ví?...
Lo ha sido, no hay duda, sí.
Lo ha sido, pues es verdad
la prenda que tengo aquí.

(*Confuso.*)

¿Es el hombre, santo cielo,
juguete de otro poder
que no alcanza á comprender?
¡Qué horror da, qué desconsuelo
pensar que así pueda ser!

(*Pausa y queda en profunda meditacion,
de la que le saca un ligero rumor, vol-
viendo el rostro adonde se oye.*)

Mas dos de mis cazadores
vienen sin duda á buscarme.
Ahora podré cerciorarme,
sin disfrazar mis temores,
ni esconderme, ni ocultarme,
si es efectivo que puedo
invisible á todos ser,
solamente con poner
esta sortija en mi dedo,
cual dijo aquella mujer.

(*Pónese el anillo.*)

(*Salen dos cazadores, que registrarán toda
la escena sin ver á Lisardo.*)

CAZ. 1.º

Te digo que aquí no está.

CAZ. 2.º

Aquí quedó descansando
há corto rato, mandando
retirarse á todos.

CAZ. 1.º

Va
ya hácia el soto galopando.

CAZ. 2.º

Te has equivocado. Yo,
que aquí está, te digo.

CAZ. 1.º

Pues
que aquí no está, ya lo ves.

CAZ. 2.º

Es cierto que no está, no.
¡Cosa que me aturde es!

CAZ. 1.º

No dudes, no, que el rey era